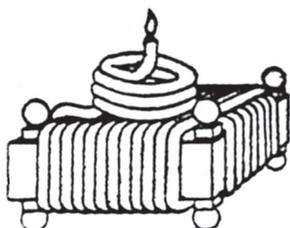


CUADERNOS

de
Etnología y Etnografía
de Navarra

Enero 2014 - Diciembre 2015

AÑOS XLVI - XLVII - Nº 89
SEPARATA



Julio Caro Baroja y la historia de Navarra

Alfredo FLORISTÁN IMÍZCOZ

Julio Caro Baroja y la historia de Navarra

Alfredo FLORISTÁN IMÍZCOZ*

En varios momentos de su prolongada, enriquecedora y compleja trayectoria intelectual, Julio Caro Baroja se presentó a sí mismo como «historiador», aunque no exclusivamente ni siempre de la misma manera. En su autobiografía *Los Baroja* (1972) afirmó «yo he sido siempre, en esencia, un historiador». Y en su discurso de ingreso en la Academia de la Historia (1963), quizás particularmente obligado a ello, había sido todavía más preciso al respecto: «En los últimos tiempos he procurado ser uno de tales historiadores descriptivos». En aquella coyuntura se consideraba historiador «a tientas», quizás impresionado por las trayectorias de quienes le acogían: «[historiador] de la Antigüedad, con ribetes de arqueólogo primero, etnógrafo después, al fin dudé entre la antropología social y la historia social, y he aquí que rondando la cincuentena es cuando puedo afirmar que es esta última disciplina la que pienso seguir cultivando preferentemente mientras viva»¹.

Ahora bien, si por entonces se consideraba a sí mismo como historiador social era con los matices y provisionalidades que siempre le caracterizaron como intelectual. Ciertamente, escribió importantes monografías sobre la historia de los moriscos granadinos, de los judeoconversos o de las brujas españolas, con un notable éxito de ventas y una favorable acogida científica que no se ha desvanecido por completo. E ingresó en la Academia de la Historia con cuarenta y nueve años, una edad relativamente temprana para lo que era habitual en aquel momento.

Sin embargo, hoy lo recordamos, más bien, como una referencia insoslayable en el asentamiento y la modernización de la etnología y de la antropología social o cultural durante las décadas de 1950 y 1960, pero no de la historia². De

* Universidad de Alcalá.

¹ J. Caro Baroja, *Los Baroja (Memorias familiares)*, Madrid, Taurus, 1972, p. 478; y «La sociedad criptojudía en la corte de Felipe IV», en *Inquisición, brujería y criptojudasmo*, Barcelona, Ariel, 1970, p. 15.

² Han sido varios los libros de homenaje y los números monográficos de revistas que han enfocado la figura de Julio Caro desde todas las perspectivas posibles. Las más recientes, diez años después

hecho, cuando ingresó en la Academia, contaba con una amplia y acreditada experiencia en campos que tradicionalmente no se consideraban historia en sentido estricto, porque no dependían tanto de textos escritos como de restos materiales, como la arqueología o la etnología. Había trabajado más bien sobre pueblos (*ethnos*) que sobre personas, y la etnografía-etnología y la antropología, dos disciplinas recientes, pugnaban desde el siglo XIX por asentar su método y hacerse con un lugar entre las ciencias humanas.

Con todo, en cierto momento Julio Caro acudió a la documentación archivística y construyó relatos cronológicos sobre vidas personales y sobre grupos familiares. Ahora bien, su acercamiento a lo que tradicionalmente había sido el trabajo del historiador derivó más bien de su preocupación por perfeccionar el método antropológico. Esto ocurrió por los mismos años –la década de 1950– en que la ciencia histórica se abrió francamente a otras disciplinas sociales como la demografía, la economía o la sociología. Como etnólogo y antropólogo, Julio Caro se interesó por lo que podría aportarle la vieja disciplina histórica. Y, a la inversa, su particular mirada de etnólogo y antropólogo ayudó a la renovación de temas que parecían agotados según los enfoques tradicionales con que los habían abordado los historiadores. De entre sus numerosos trabajos, tres libros destacan por constituir notables aportaciones a la historia de España: su estudio sobre los moriscos granadinos del siglo XVI (1957), su extensa monografía sobre los judeoconversos entre los siglos XVI y XX (1962) y su amplia síntesis sobre las brujas y la brujería (1961), traducida a varias lenguas europeas³.

Estas minorías étnicas, religiosas o culturales, y la vida de sus miembros dentro de una sociedad compleja como la española a lo largo de estos siglos, fueron temas que precisó o desarrolló en muchas otras ocasiones como etnólogo-historiador. Pero también publicó, con respecto a Navarra, dos libros que combinan de una forma particular lo histórico y lo etnológico⁴. Uno de ellos ha gozado de amplio reconocimiento: me refiero a *La hora navarra del XVIII (personas, familias, negocios e ideas)* de 1969⁵. Su *Etnografía histórica de Navarra*, sin embargo, le pareció al propio Julio Caro cuando lo concluyó en 1971 un libro «demasiado prolijo y analítico y a la par prematuro»⁶.

La hora navarra del XVIII fue una empresa muy personal, ligada a su condición de vecino de Bera más bien que a la de académico, y emprendida por afinidades afectivas más que por interés intelectual. El libro arranca de una

de su muerte: *Revista de Historiografía*, n.º 4, 2006: «Julio Caro Baroja. Diez años de magisterio en silencio»; *Historia Social*, n.º 55, 2006; *Revista de Occidente*, n.º 295, 2005; J. Alvar Ezquerro (coord.), *Memoria de Julio Caro Baroja*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2005. Y se ha estudiado conjuntamente su obra, metodología y pensamiento en dos sólidas monografías: F. Castilla Urbano, *El análisis social de Julio Caro Baroja: empirismo y subjetividad*, Madrid, CSIC, 2002, y A. Carreira, *Julio Caro Baroja, etnógrafo*, Santander, Universidad de Cantabria, 1995.

³ J. Caro Baroja, *Los moriscos del reino de Granada*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957; *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Madrid, Arión, 1962, 3 vols.; *Las brujas y su mundo*, Madrid, Revista de Occidente, 1961.

⁴ Sobre la aportación científica de Julio Caro a Navarra es muy útil F. Pérez Ollo, en *Memoria de Julio Caro Baroja*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2005, pp. 29-51; A. Carreira, «Estudios navarros de Julio Caro Baroja», *Príncipe de Viana*, LVI, 1995, pp. 569-576, en el número monográfico que le dedicó la revista.

⁵ J. Caro Baroja, *La hora navarra del XVIII (personas, familias, negocios e ideas)*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana, 1969.

⁶ *Idem*, *Etnografía histórica de Navarra*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1972, 3 vols (III, p. 457).

preocupación antropológica. Aunque Julio Caro insista en el prólogo en que «nunca me he creído antropólogo y menos ahora», resulta evidente su punto de partida etnográfico. Le impresionan las «huellas materiales» (las grandes casonas palaciegas) de una sociedad en profunda transformación «en mi ciudad natal, Madrid, y en mi país familiar del Bidasoa»⁷. En contraste con ellas, le duele el «feísmo» de la arquitectura reciente de los nuevos barrios obreros, algo que no dejaría de lamentar en muchas otras ocasiones. Julio Caro sentía vivir en un mundo y en una sociedad al borde de la extinción, casi del todo olvidada, cuyos mecanismos internos pronto resultarían incomprensibles, y cuya memoria urgía rescatar y conservar para las generaciones futuras.

Sin embargo, su *Etnografía histórica de Navarra* resultó de un encargo de la Caja de Ahorros de Navarra, dentro de un ambicioso proyecto cultural. Para conmemorar el medio siglo de su fundación, financió una gran iniciativa editorial, contando para ello con los más prestigiosos especialistas de la historia, el arte y la etnología de Navarra. José María Lacarra publicó una *Historia política del reino de Navarra. Desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*⁸, y José Esteban Uranga, junto con Francisco Íñiguez, un *Arte medieval navarro*⁹. En ambos casos, se trataba de síntesis maduras sobre la base de prolongadas investigaciones personales y de escuela, y de un buen número de sólidas monografías sobre la historia y el arte del reino anterior a 1512. Además, se articulaban sobre la metodología de dos disciplinas académicamente bien asentadas como la historia y la historia del arte. El ensayo de *Etnografía histórica de Navarra* al que se atrevió Julio Caro carecía de todo ello. Ciertamente, había trabajado distintos aspectos etnológicos sobre Navarra, y de hecho su primera publicación, con solo quince años, había tratado sobre la casa en Lesaka¹⁰. Su estrecha relación con José Miguel de Barandiaran y su familiaridad con las encuestas etnográficas de su grupo, que cultivó durante su primera juventud, le permitieron publicar una importante monografía sobre Bera¹¹. Pero su investigación siempre había desbordado ampliamente el territorio navarro para tratar de toda España y, aunque dedicara particular atención a los pueblos del norte de la península, y entre ellos al pueblo vasco, nunca se interesó prioritariamente por él¹².

1. FORMACIÓN Y TRABAJOS INICIALES: ETNOLOGÍA, ANTHROPOLOGÍA E HISTORIA

Cuando Ramón de Carande glosó los trabajos que avalaban el ingreso de Julio Caro en la Academia de la Historia, destacó la pluralidad de campos que había cultivado con maestría. Su denominador común lo constituía lo

⁷ J. Caro Baroja, *La hora navarra...*, *op. cit.*, pp. 7-8.

⁸ Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, Biblioteca Caja de Ahorros de Navarra III, 1972, 3 vols. Fue reeditada como *Historia del reino de Navarra en la Edad Media* en un formato menor (Pamplona, 1975) y ha tenido una gran influencia en el desarrollo historiográfico posterior.

⁹ Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, Biblioteca Caja de Ahorros de Navarra I, 1971-1973, 5 vols.

¹⁰ J. Caro Baroja, «Algunas notas sobre la casa en la villa de Lesaka», *Anuario de Eusko-folklore*, IX, 1929, pp. 69-91.

¹¹ *Idem*, *La vida rural en Vera de Bidasoa*, Madrid, CSIC, «Biblioteca de dialectología y tradiciones populares», VI, 1944.

¹² *Idem*, *Estudios saharianos*, Madrid, CSIC Instituto de Estudios Africanos, 1955.

prehistórico o lo «ahistórico», en el sentido de que carecía de un vector cronológico fundamental o de que no se documentaba con textos escritos, por lo que no podía tratarse de personas. Además de estudiar los testimonios de los geógrafos greco-romanos, había cultivado todas aquellas disciplinas que, de alguna manera, pudieran informar sobre los pueblos de la España más antigua. Se ocupó de sus restos materiales, arqueológicos, pero también de documentar e interpretar, como etnólogo y antropólogo, las huellas de la cultura de aquellos grupos humanos remotos que habían perdurado hasta el presente. Las lenguas y los dialectos que pervivían (toponimia, antroponimia, epigrafía), las creencias y costumbres no contaminadas por la modernidad, los modos de vida material más tradicionales (arados, molinos, casas, etc.), todo ello documentaba las dimensiones, influencias, evoluciones, etc. de los pueblos anteriores a la historia escrita¹³.

Sus grandes obras de los años 1940 versaron sobre los «pueblos» de España, sus orígenes, características, distribución, influencias mutuas, etc. Primero fueron *Los pueblos del norte de la península ibérica (análisis histórico-cultural)* (1943), después *Los pueblos de España. Ensayo de etnología* (1946). Y de entre todos ellos dedicó atención particular al pueblo vasco, por sus raíces familiares en Gipuzkoa y Navarra reavivadas cuando su tío Pío Baroja compró Itzea en Bera (1912), que se convirtió en la otra casa familiar junto con la de Madrid¹⁴. Así, *La vida rural en Bera* (1944), *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina* (1946) y finalmente *Los vascos. Etnología* (1949). A este primer ciclo de trabajo corresponde, también, su *España primitiva y romana*, en el volumen primero de una «Historia de la cultura española» publicada posteriormente (1957)¹⁵.

Las reseñas de sus primeros libros demuestran el interés con que fueron acogidos por una generación de jóvenes catedráticos y otros ya consagrados. Por motivos personales y circunstanciales, Julio Caro trabajaba al margen de la dinámica universitaria, pero mantuvo una amplia red de relaciones intelectuales con ocasión de las conferencias que se le solicitaban, de los congresos a los que acudía, y de una activa correspondencia académica. Su docencia fue mínima e irregular (Coimbra, la *École des hautes études en sciences sociales* de París, la Universidad del País Vasco), pero se movió por toda España y buena parte de Europa. Después de su etapa de director del Museo del Pueblo Español (1944-1955), ya sin mayores ataduras familiares o necesidades económicas, pudo trabajar como un «caballero particular», como le gustaba decir.

Había estudiado Filosofía y Letras en Madrid, aunque su vida universitaria resultó accidentada, primero por la enfermedad y después por la guerra. Entre 1936 y 1939, exento de servir en el ejército de Franco por su débil constitución, leyó compulsivamente todo lo que pudo en la biblioteca de su tío Pío Baroja en Bera. Poco antes había contactado con Telesforo de Aranzadi y con José Miguel de Barandiaran, y durante algunos veranos había participado en sus trabajos arqueológicos y etnográficos en el País Vasco. Siempre los recordó

¹³ R. de Carande, *Discurso de contestación al de recepción de Julio Caro en la Academia de la Historia*, Madrid, Maestre, 1963, pp. 131-150.

¹⁴ Julio Caro Baroja, «Una vida en tres actos», *Triunfo*, n.º 11, 1981, reeditada por el Gobierno de Navarra, Pamplona, 2014, pp. 21-45.

¹⁵ Una síntesis muy útil sobre el contexto familiar y los años de formación en F. Castilla Urbano, *El análisis social de Julio Caro Baroja: empirismo y subjetividad*, Madrid, CSIC, 2002, cap. 1.

entre sus principales maestros, como a dos de sus profesores en la Universidad Central: el prehistoriador Hugo Obermaier y el etnólogo Herman Trimborn. Durante el periodo 1932-1936 no asistió a las clases de Ortega, Zubiri o Morante, y tampoco contactó con los grandes historiadores de la universidad madrileña de entonces, como Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz o Gómez Moreno¹⁶.

En 1942 leyó su tesis doctoral sobre «Viejos cultos y viejos ritos en el folclore de España», dirigida por José Ferrandis, profesor de Epigrafía, y por unos meses fue ayudante de cátedra en la universidad. Pero su ámbito de trabajo y de relaciones más intenso lo estableció en el Museo Antropológico y con los miembros de la Sociedad de Antropología, Etnografía y Prehistoria. También colaboró en el Instituto Bernardino de Sahagún del CSIC y en el Centro de Etnología Peninsular, donde conoció a Blas Taracena y a Martín Almagro. La formación y las inquietudes de Julio Caro estaban muy lejos de lo que por entonces se consideraban las propias del historiador, como lo muestra la comparación de sus primeras publicaciones con las de José María Lacarra (Estella, 1907-Zaragoza, 1987). Este había estudiado Filosofía y Letras también en Madrid un poco antes, y fue discípulo de Menéndez Pidal, Sánchez Albornoz, Gómez-Moreno y Millares Carlo. En 1930 ganó una plaza en el Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos y, becado por la Junta de Ampliación de Estudios, estuvo un año en París en la prestigiosa *École Nationale des Chartes* (1933-1934). Sus dos primeras publicaciones fueron sendas ediciones documentales de textos normativos medievales en la revista *Anuario de Historia del Derecho Español*: «El fuero de Estella» (1928) y «Las ordenanzas municipales de Estella» (1929). Por el contrario, las dos primeras publicaciones de un quinceañero Julio Caro versaron sobre «Algunas notas sobre la casa en Lesaca» (1929) y sobre «Monumentos religiosos de Lesaca» (1930) en *Anuario de Eusko-folklore*, algo muy alejado de la historia.

Por aquellos años, la etnografía o la antropología eran disciplinas recientes, embrionarias metodológica y académicamente, que habían nacido al calor del nacionalismo romántico y del expansionismo colonial decimonónico. La historia, que contaba con Clío como musa de sus practicantes desde la Antigüedad, ya había dado este mismo paso con bastante antelación. A lo largo del siglo XIX la historia se institucionalizó y reclamó para sí un estatuto científico, compitiendo incluso con otras disciplinas experimentales. La crítica filológica y documental había dado sus primeros pasos con el humanismo renacentista, y se había desarrollado decididamente desde la segunda mitad del XVII. Pero fue en el XIX cuando se perfeccionaron extraordinariamente unas, así llamadas, «ciencias auxiliares de la historia»: paleografía, diplomática, codicología, sigilografía, numismática, cronología, etc. La técnica del trabajo sobre textos llegó a tal grado de perfección que la historia se afirmó entre los estudios universitarios y en las enseñanzas medias, y gozó de gran prestigio social y político¹⁷.

¹⁶ F. Castilla, *El análisis social...*, op. cit., pp. 20-25.

¹⁷ Una magnífica síntesis introductoria de todas estas cuestiones historiográficas en F. Sánchez Marcos, *Las huellas del futuro. Historiografía y cultura histórica en el siglo XX*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 2012. También G. G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX: Las tendencias actuales*, Barcelona, Idea Books, 1998.

Por otra parte, la historia se había puesto al servicio del nuevo poder soberano, de las novedosas formas políticas, y de las tramas ideológicas que sustentaban a uno y otras en el siglo XIX. Se trataba de dotar de sentido a la trayectoria de la nación desde una perspectiva predominantemente esencialista: qué rasgos permanentes definen a una nación a lo largo del tiempo frente a las demás; desde cuándo y cómo se forjó esta nación. La simultánea construcción de estados necesitados de justificar sus fronteras, su constitución y sus instituciones, requirió de los historiadores el que trataran de cohesionar, en unos casos, o de emancipar, en otros, las distintas naciones.

La historia seguía siendo, de acuerdo con la tradición clásica, una disciplina muy próxima a la retórica, porque pretendía «enseñar deleitando», por lo que podía excederse por ampulosa o por polémica. En definitiva, la rigurosa crítica de los documentos no precavía contra los excesos de una lectura demasiado permeable a las ideologías dominantes. Durante todo el siglo XIX, la discusión sobre ciertos temas históricos se enzarzó con los debates ideológicos, que giraron principalmente en torno a la religión. Conservadores y progresistas, por ejemplo, polemizaron sobre la Inquisición, los unos para ensalzar que hubiera mantenido la ortodoxia de la fe y preservado a España de guerras religiosas, los otros para denostar el precio del atraso cultural y científico que habrían ocasionado el aislamiento y la falta de libertad.

Julio Caro participó de las novedades metodológicas y temáticas en el mundo de la etnología y de la antropología en la Europa de los años 1950, pero no estuvo al tanto de la renovación historiográfica que se produjo simultáneamente¹⁸. Sus primeros trabajos los realizó en la línea de lo que proponía la escuela histórico-cultural de Viena, que luego abandonó, a finales de los años 1940, para tomar modelo de la antropología funcionalista o estructuralista de cuño anglosajón. El interés de Julio Caro por la historia derivó, más bien, de su particular inquietud metodológica como antropólogo, a la que dio una respuesta personal en algo que podríamos denominar como «funcional-estructuralismo histórico»¹⁹.

Durante un curso que impartió en el Instituto de Estudios Políticos se planteó por primera vez el tema de la relación entre historia y etnología en un breve ensayo²⁰. Con posterioridad, en los prólogos a sus principales libros de historia mantuvo esta misma simplicidad en su acercamiento teórico al tema de las relaciones mutuas de ambas disciplinas. En esencia, distingue dos tipos de historiadores y de modos de escribir historia. Por una parte están «los que pretenden juzgar» y elaboran una historia debeladora o apologetica, maniquea, sentenciosa y moralizante, en la que predominan las «abstracciones culturalistas» (Renacimiento, Racionalismo, Humanismo, etc.), conceptos vagos, brillantes pero vacíos de contenido real; una historia de grandes hombres, grandes empresas y grandes momentos, «patriótica», «incluso dogmática

¹⁸ J. Andrés-Gallego, *Historia de la historiografía española*, Madrid, Encuentro, 2004.

¹⁹ Sobre la evolución del método de trabajo y la influencia de las diversas escuelas, F. Castilla, *El análisis social...*, op. cit., pp. 56-171. Una valoración de primera mano sobre la aportación antropológica de Julio Caro, en D. Greenwood, «Julio Caro Baroja, sus obras e ideas», *Revista Internacional de Estudios Vascos*, vol 31/2, 1986, pp. 227-246. También, una síntesis asequible en A. Ballesteros, «*Qualis vir talis oratio*. Vida y método en la obra de Julio Caro», *Gallaecia*, 31, 2012, pp. 201-229.

²⁰ J. Caro Baroja, «La investigación histórica y los métodos de la etnología (Morfología y Funcionalismo)», *Revista de Estudios Políticos*, 80, 1955, pp. 61-82; cito por su edición en *Razas, pueblos y linajes*, Madrid, Revista de Occidente, 1957, pp. 17-37.

muchas veces». Frente a ella, se propone hacer lo que él llama una «historia descriptiva»: «Cabe describir una serie de hechos ocurridos en tiempo no muy largo y espacio reducido, siendo los protagonistas más comunidades que individuos. Esta es la historia social por antonomasia»²¹. Esta distinción tiene para Julio Caro una raíz filosófica y genera dos aproximaciones que no agotan la verdad porque tienen que ver con el modo como se entiende el tiempo.

En este mismo ensayo, Julio Caro manifiesta reparos hacia el modo de proceder de los historiadores. Como antropólogo, le sorprende la ambigüedad del vocabulario del historiador frente a la precisión reflexiva con que lo selecciona y aplica el antropólogo. Considera innecesario e improductivo el trabajo de recopilación exhaustiva al que tienden los historiadores (en la elaboración de «Corpus», «Monumenta» y «Thesaurus», colecciones documentales), frente a los estudios de casos concretos, a veces muy reducidos, que ocupan a los antropólogos. Cuando los historiadores quieren explicar por qué algo es como es, tienden a la genealogía, afirma Julio Caro, mientras que los antropólogos invitan a reflexionar primero, a fondo, cómo es en realidad una determinada forma cultural en sí misma. Por ello, propone superar la mera descripción formal para atender mejor a la función.

Pero, con todo ello, proponía un perfeccionamiento de la antropología funcional o estructural dotándola de una dimensión histórica, de un espesor temporal del que carecía. La etnología y la antropología se practicaban por entonces sobre mundos no europeos, más bien lejanos en todos los sentidos, y que por lo tanto carecían de una historia documentable suficientemente sólida y amplia. Ahora bien, si estos mismos estudios se abordaban sobre pueblos europeos, ¿por qué no utilizar todos los documentos que permitían un más amplio rastreo histórico del tema? Con la denominación de historia social Julio Caro se refirió a una antropología histórica de sociedades europeas. Para ello se centró en determinadas minorías étnico-religiosas, estudiando sus evoluciones dentro de sociedades complejas. Sobre estos grupos se han conservado fuentes cronísticas y literarias, pero también abundante documentación procesal. Y desde esta perspectiva, apuesta por prestar particular atención no a la continuidad y a la estabilidad, que son propias de los estudios socio-antropológicos, sino precisamente al cambio y al conflicto, que son más adecuados en un cuestionario histórico²².

Sus obras de historia social, como él las define, tienen una estructura cronológica, con atención tanto a los cambios como a las persistencias. Se caracterizan por un fuerte empirismo, por la acumulación de datos documentales y casos particulares. Como repite en más de un momento, tiene mayor apego por lo particular que por lo general, por describir que por explicar. Lo que le interesa, precisamente, es la multiplicidad de lo real y cómo, ante unas mismas circunstancias, las personas reaccionan de modos muy diferentes. Por ello, tiende a subrayar los comportamientos irregulares, las singularidades que se salen de la norma, lo mutable, cambiante y hasta contradictorio en las decisiones personales: algo que no buscan ni la antropología ni la historia. Julio Caro era muy consciente de ello, y lo expresaba sin recato: «Yo, como he dicho, no he dejado nunca de ser historiador y nunca he podido escribir nada sin

²¹ *Ibid.*, p. 25.

²² F. Castilla, *El análisis social...*, *op. cit.*, pp. 161-166.

pensar en profundidades temporales y en irregularidades, disarmonías y contradicciones. No tengo una cabeza teológica ni sociológica. Tampoco siento la mística ni me asusta el sino del hombre como pecador. Me cuesta mucho encontrar el orden donde sea»²³.

Ahora bien, lo que Julio Caro consideraba historia social no se correspondía con lo que entendían por tal los historiadores. La reacción contra el predominio de la historiografía tradicional, eminentemente política, había llevado a muchos historiadores de aquellas décadas a considerar que la *Social History* era precisamente «*History with the politics left out*» (G. M. Trevelyan), o que *L'Histoire sociale* debía estructurar a las demás ciencias sociales como la demografía, la sociología, la economía, etc. (F. Braudel).

2. DOS LIBROS DE HISTORIA DE NAVARRA

2.1. *La hora navarra del XVIII*

Julio Caro publicó en Pamplona en 1969 un libro de título un tanto crítico en comparación con los que solían barajar los historiadores: *La hora navarra del XVIII (personas, familias, negocios e ideas)*²⁴. La sugestiva acuñación de la primera parte del título ha tenido tal éxito que se ha convertido en tópico entre escritores y lectores de historia, incluso entre un público culto amplio. Probablemente, esto mismo ha terminado por desbordar y tergiversar el enfoque originario, algo que quizás no le disgustara del todo. Porque Julio Caro concibió el libro, como reconoce explícitamente en el prólogo y en el epílogo, para desbaratar ciertos tópicos sobre la historia de los españoles muy arraigados en la cultura dominante del momento. Nunca antes había afrontado un espacio tan reducido (el valle de Baztan), ni se había ceñido a un periodo tan breve (las dos décadas finales del siglo XVII y la primera mitad del XVIII), ni abordado un tema tan «marginal» como ciertas familias de hombres de negocios casi por completo desconocidas. ¿Por qué escribió una monografía de quinientas páginas sobre unas familias poco relevantes en la historia de España? Quizás, precisamente por eso: porque su memoria se había perdido, porque procedían de un territorio marginal y porque vivieron en un tiempo tenido por de segunda categoría.

En cuanto al método de trabajo, procede de un modo similar al que había utilizado en dos libros un poco anteriores, *Vidas mágicas e Inquisición* (1967) y *El señor inquisidor y otras vidas por oficio* (1968)²⁵. Los tres responden a una etapa de maduración metodológica, una vez superada la dependencia de la antropología cultural anglosajona que había practicado con más o menos entusiasmo y continuidad en los años 1950²⁶. Por ello, en el centro de su libro

²³ En carta dirigida a José Ortega (26 abril 1953), citada por A. Morales Moya, «Julio Caro Baroja: el historiador», en *Memoria de Julio Caro Baroja*, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2005, pp. 215-231, en p. 223 y nota 16. Sobre este tema, C. Ortiz García, «Julio Caro Baroja, antropólogo e historiador social», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 11/1, 1996, pp. 285-301.

²⁴ Trato más a fondo sobre este libro y su trascendencia historiográfica en A. Floristán, «La "hora navarra del XVIII" de Julio Caro Baroja: gestación y desarrollo de un paradigma historiográfico», *Revista de Historiografía*, en prensa (2015).

²⁵ J. Caro Baroja, *Vidas mágicas e Inquisición*, Madrid, Taurus, 1967, 2 vols.; *El señor inquisidor y otras vidas por oficio*, Madrid, Alianza, 1968.

²⁶ F. Castilla, *El análisis social...*, op. cit. cap. VII.

pone a la persona como miembro de una familia y de una comunidad local, en lugar de recurrir a abstracciones sociológicas y a categorías jurídicas como las que daban entidad a los «estamentos» o las «clases sociales», que por entonces se disputaban el protagonismo de la historia social que componían los historiadores. Por eso construyó su relato atendiendo preferentemente a las relaciones de solidaridad personales en lugar de primar los enfrentamientos por motivos materiales de clase o estamentales. Lo cual introduce una novedad importante en un momento en el que, entre los historiadores, se primaba el estudio de los conflictos pensando que era fundamental explicar las grandes revoluciones que habían moldeado la historia de la humanidad.

En este sentido, es significativo el subtítulo (*Personas, familias, negocios, ideas*), que se ajusta a su contenido real, incluso en la proporción de protagonismo que les concede en el relato. Lo primero son las personas organizadas en familias (los Goyeneche, Iturralde, Uztáriz, Arizcun, etc.) que se relacionan principalmente por los negocios que mantienen entre sí. El último aspecto, lo relativo a las ideas y a la práctica religiosa, ocupa un espacio menor, aunque no porque el autor no les reconozca su importancia, sino por la misma dinámica de las fuentes que maneja.

Para escribir *La hora navarra* no emprendió una compleja investigación archivística, ni tuvo la mínima ambición de exhaustividad. Le bastó con aprovechar la información publicada sobre la Real Congregación de San Fermín, y noticias dispersas sobre una treintena de personas agrupadas en una decena de familias. Para ello recurrió a documentación de archivo, la mayor parte de ella en Madrid: probanzas de órdenes militares y de nobleza, memoriales familiares, protocolos notariales, pleitos judiciales. Y, por supuesto, todo lo que pudo espigar en obras impresas y referencias eruditas de los siglos XVIII y XIX que conocía y manejaba con la habilidad del extraordinario polígrafo que era.

Para un antropólogo que ejercía de historiador como él, las tesis esenciales del libro no necesitaban de mucho apoyo histórico-documental. Constató el ascenso de un grupo de financieros navarros en la corte de Felipe V, y las brillantes realizaciones materiales de estas familias en una zona muy concreta del noroeste de Navarra y en Madrid. Pero no intentó saber si esas familias eran todas las que había, o al menos una muestra significativa; o cuáles eran las dimensiones concretas, cuantificables, de sus negocios y cómo evolucionaron con el paso del tiempo; o qué tipo de relaciones mantenían tanto en la corte como en el país del que procedían. Estas y otras cuestiones similares eran propias de historiadores y no necesitaba responderlas para tratar las cuestiones antropológicas que verdaderamente le importaban²⁷. La solidaridad interpersonal articulada a través de la familia (parentesco) y de la comunidad local («paisanaje»), y el contacto comercial previo con franceses y holandeses serían los dos grandes motores de cambio social en este pequeño valle del norte de España.

Esto es lo que realmente observó y explicó: el surgimiento, en un país marginal, campesino y, en definitiva, tradicionalista como la Navarra del noroeste, de

²⁷ «En realidad, este libro debía ser un libro de historia económica. Lo que ocurre es que, en primer término, he querido huir de tecnicismos que no me cuadran y en segundo he procurado hacer ver los nexos entre esto que se llama ahora, en abstracto, “lo Económico” [...] con otras cosas que, hasta la fecha, no han merecido que se trate de ellas de este modo neutro y mayestático: “lo familiar”, “lo regional”... En otras palabras, inspirado acaso en mis lecturas antropológicas (aunque he de insistir en que nunca me he creído antropólogo y menos ahora)»: J. Caro, *La hora navarra...*, op. cit., pp. 12-13.

un grupo de comerciantes y financieros modernos que se habrían insertado con éxito en el núcleo de una monarquía transatlántica. Incorpora reflexiones menores sobre las etapas de este proceso, pero no se entretiene en explicar sus orígenes en el siglo XVII ni su colapso en el XIX. Lo que pretende es aportar pruebas de una realidad que escapaba a las explicaciones tradicionales sobre el surgimiento del capitalismo mercantilista y del correspondiente grupo social burgués en España. La propuesta antropológica que aporta, sobre la observación histórica de una decena de familias navarras, es que los hombres del norte de España eran muy distintos a los castellanos del interior por su apertura a Europa, por sus relaciones comerciales y culturales con franceses y holandeses, y por sus actitudes hacia el trabajo y la riqueza, que hacían perfectamente compatible la nobleza y el negocio. Estos baztaneses serían, dice Julio Caro, como los «puritanos del norte de Europa», aunque sin dejar de ser católicos ortodoxos, lo que probaría que capitalismo y catolicismo no eran incompatibles. Todo lo cual reforzaba una pretensión transversal del autor a lo largo de toda su obra: la de desmontar las grandes explicaciones simplistas y mecánicas, comprobando la riqueza de los comportamientos personales y de los matices particulares. Lo relevante desde el punto de vista antropológico era el pragmatismo, el empirismo, la eficacia de estos hombres del norte en los negocios prácticos como una vía posible hacia la modernización de España²⁸.

Sobre conversos, brujería y minorías culturales y religiosas siguió escribiendo durante toda su vida, con un enfoque cada vez más peculiar a través de biografías de hombres y mujeres concretos²⁹, pero nunca más volvió a tratar sobre familias de hombres de negocios, ni navarras ni de otras partes de España. En el conjunto de su obra de historia social, tan coherente en cuanto a los temas y grupos que prioriza (populares, marginados, perseguidos, singulares), *La hora navarra del XVIII* parece una digresión, una «distracción» en su temática habitual. Nunca se había interesado por personas que tuvieron tanto éxito en todas las facetas de su vida (material, social, política) como en este libro sobre un puñado de grandes financieros y comerciantes baztaneses afincados en la corte de Felipe V. Ahora bien, su método de trabajo y de exposición no es tan distinto del que utiliza en sus otras obras coetáneas y posteriores, que construyó a modo de galerías de retratos personales, de biografías que intentaban reconstruir ciertos tipos humanos³⁰. Aunque en nuestro caso el enfoque difiera en un punto importante: *La hora navarra* trata de articular la galería de personas precisamente en círculos de relaciones familiares o de familiaridad (procedencia, trabajo, amistad), algo que no vemos en sus otros trabajos de historia social de la misma época citados.

Julio Caro mantenía una vinculación afectiva muy intensa con Bera desde su infancia. Había nacido y se había criado y madurado en Madrid, pero desde niño había frecuentado la casa Itzea que comprara su tío Pío Baroja en 1912 en la localidad de Bera. Muchos años de paseos por la zona le permitie-

²⁸ J. Caro Baroja, *La hora navarra...*, *op. cit.*, pp. 419-429.

²⁹ Sobre la biografía histórica como método antropológico ver F. Castilla Urbano, «Sobre la 'Nueva Historia': autobiografía, biografía e historias de vida en la obra de Julio Caro Baroja», *Antropología* n.º 4-5, 1993, pp. 163-182, y *El análisis social...*, *op. cit.*, pp. 175-197.

³⁰ *Vidas mágicas e Inquisición*, Madrid, Taurus, 1967; *El señor inquisidor y otras vidas por oficio*, Madrid, Alianza, 1968; *Los vascos y la historia a través de Garibay (Ensayo de biografía antropológica)*, San Sebastián, Txertoa, 1972; *Las formas complejas de la vida religiosa (Religión, sociedad y carácter en la España de los siglos XVI y XVII)*, Madrid, Akal, 1978.

ron conocer con detalle y amar intensamente el paisaje material circundante, principalmente las otras casonas que caracterizan las aldeas de la regata del Baztan-Bidasoa. Su espíritu observador e inquisitivo de etnógrafo se empapó de la memoria popular sobre aquellos palacios, sobre los mitos de sus orígenes espléndidos y los relatos de su decadencia reciente que habían acumulado los vecinos, en unas décadas que, en toda España y particularmente en aquellas tierras, eran de intensa emigración hacia las ciudades inmediatas (Donostia/San Sebastián y Pamplona). A esto se añadía, como heredero de Itzea, su responsabilidad en el mantenimiento de una casona de tales características.

La reivindicación de una época que algunos etiquetaban «de tercera clase» tiene mucho que ver con una reacción personal contra la historia construida desde la corte del rey, al modo como había sido tradicional hasta entonces, y no desde los diversos países que constituían la España real. Un relato que atendiese a unos «pocos héroes, pocos artistas, pocos hombres de genio» y, en consecuencia, graduase los periodos históricos en función de la abundancia o escasez de estos protagonistas, no le parecía el adecuado³¹. Esta reacción era ampliamente compartida también por los historiadores profesionales en Europa occidental, y había llegado a España sobre todo a través de hispanistas franceses y de la llamada Escuela de *Annales*.

Aunque concibió este libro a partir de una observación «de campo», no hubiera podido escribirlo sin sus complementarias vivencias de Madrid, donde las mismas familias habían levantado casas y palacios no menos notables, y que también corrían similar riesgo de hundirse y de desaparecer de la memoria colectiva de la sociedad. El dolor particular por el deterioro del caserío del palacio-pueblo de Nuevo Baztán, al noreste de Madrid, y por su «desmemoria» jugó un papel relevante, porque los otros palacios que encargaron construir en Madrid algunos de estos grandes financieros navarros se conservaban aceptablemente y nunca habían dejado de ser conocidos³².

El tema del libro no era del todo novedoso. El padre Pío Sagüés, un franciscano e historiador notable, publicó en 1962 una minuciosa historia de la Real Congregación, que debió de abrir el interés de Julio Caro y que le desbrozó el terreno³³. Se trataba de una monografía erudita, construida con solidez positivista sobre la documentación del propio archivo de la entidad, con mucha información y referencias concretas. Los libros de actas y de asientos, las sucesivas constituciones y otra documentación archivística, principalmente del de protocolos de Madrid, sacaban a la luz los nombres de estas familias de financieros y hombres de negocios de origen navarro que se enriquecieron espectacularmente durante el primer tercio del siglo XVIII: los Goyeneche, los Arizcun, los Iturralde, los Uztáriz, etc. Don Juan de Goyeneche, el patriarca

³¹ J. Caro Baroja, *La hora navarra...*, *op. cit.*, p. 7.

³² Julio Caro menciona la impresión que le causaron sus visitas juveniles a Nuevo Baztán con su tío Pío Baroja, y la memoria de otras excursiones similares de otros intelectuales durante el primer tercio del siglo XX. Y le preocupa su «estado de languidez vergonzosa», y que pudiera terminar siendo «un fósil museístico más o un albergue de turistas hórridos» en vez de un «refugio de artífices, de hombres de letras y de ciencias» (*ibid.*, p. 141). Todavía hoy el palacio y su iglesia no tienen una dedicación definida y su conservación sigue siendo un problema: el Ayuntamiento ha impulsado una Asociación de Patrimonio Histórico de Nuevo Baztán, que convoca premios de investigación histórico-artística, y un Centro de Interpretación, pero, de momento, no ha pasado de ser un hito secundario en las rutas turísticas madrileñas, con otros destinos mucho más competitivos.

³³ P. Sagüés Azcona (O. F. M.), *La Real Congregación de San Fermín de los navarros en Madrid (1683-1961) (Estudio histórico)*, Madrid, Graf. Canales, 1963.

y centro de conexión del grupo, había participado activamente en la congregación desde su fundación en 1683, y todos estos nuevos ricos, y todos los navarros ilustres en Madrid, había formado parte de ella. Tales materiales, así como otros relativos a la obra de José de Churriguera en Nuevo Baztán o sobre las empresas industriales de Juan de Goyeneche, estuvieron a disposición de Julio Caro.

Pero solo empezaron a tener interés para él, y a cobrar nuevo sentido en sus manos, desde su particular aproximación antropológica a la historia social y cultural, que había aprendido en sus estancias en Washington y Oxford en los años 1950, y que desarrolló y puso a prueba en los años anteriores³⁴. Aunque él se considerase historiador social, nunca se interesó por el tipo de historia de la sociedad que por entonces se practicaba en España. Antonio Domínguez Ortiz dedicó dos volúmenes a la nobleza y al estamento eclesiástico, en la obra más ambiciosa e influyente en los círculos académicos y con una beneficiosa y prolongada influencia entre los historiadores³⁵. Era un estudio sistemático de la estructura y de la jerarquía social de los estamentos privilegiados, redactada principalmente con documentación archivística y desde una perspectiva descriptiva y normativa. Nada de esto le interesaba a Julio Caro con respecto a la sociedad navarra de la primera mitad del XVIII. Se acercó a ella, más bien, como el antropólogo que pretendía dar mayor fundamento a sus observaciones sobre el hombre contemporáneo, aportando profundidad diacrónica y estudiando también su pasado, es decir, la genealogía documentable de la sociedad que observaba.

Desde los años 1990 hasta nuestros días, estas mismas familias de hombres de negocios han sido objeto de un nuevo interés desde la historia del arte, desde la historia económica y desde la historia social. Los logros de estas tres aproximaciones han superado muy ampliamente los planteamientos iniciales de *La hora navarra*, lo que sin duda hubiera halagado a Julio Caro, aunque su explicación antropológica finalmente no haya prevalecido sin modificaciones substanciales.

Los historiadores del arte se han centrado en el mecenazgo de estos navarros del siglo XVIII y han comprobado su trascendencia en Madrid y en sus tierras de origen. El estudio de la iglesia y del patrimonio artístico de San Fermín de los Navarros ha confirmado las intuiciones de Julio Caro en el sentido de que estos eran hombres de profunda religiosidad cristiana, sobria y ortodoxa, quizás más «tradicionalista» que moderna en la línea del «jansenismo» español del XVIII. El estudio sistemático del patrimonio artístico, emprendido por impulso y bajo la dirección de Concepción García Gainza, y sistematizado y difundido por su discípulo Ricardo Fernández Gracia, nos ha permitido conocer la impronta decisiva que tuvo esta «hora navarra». En esencia, se confirman las líneas generales planteadas por Julio Caro sobre el esplendor material que observamos, no solo en el Baztán y el noroeste, como inicialmente se creyó, sino más ampliamente en todo el reino. Frente a la atonía de las artes (arquitectura y figurativas y suntuarias) del siglo XVII, a finales de esta centuria se datan algunas grandes obras y valiosas iniciativas; pero será lo largo del XVIII cuando muchas localidades navarras sufrieron una profunda

³⁴ F. Castilla, *El análisis social...*, *op. cit.*, cap. IV.

³⁵ A. Domínguez Ortiz, *La sociedad española en el siglo XVII*, Madrid, CSIC, Instituto Balnes de Sociología, 1963-1970.

transformación, contando con importantes obras y artistas innovadores. El dinero, las iniciativas, los gustos, los modelos y los artistas llegaron de fuera, al menos en gran medida, y el estudio del mecenazgo de indianos, comerciantes, financieros, burócratas, etc. que tuvieron carreras de éxito durante el setecientos se empieza a conocer en sus dimensiones concretas. Si Julio Caro no llegó a sospechar la verdadera importancia de este fenómeno en el conjunto de Navarra, al menos abrió las puertas a su comprensión³⁶.

La historia económica se ha acercado con particular curiosidad a este grupo de hombres de negocios que sobresalieron precisamente porque apoyaron a Felipe V como financieros durante la guerra de Sucesión de España, y porque así adquirieron contactos e informaciones privilegiadas como para enriquecerse fabulosamente en muy poco tiempo durante su gobierno. Desde su perspectiva, se trata de estudiar el impacto de las crecientes necesidades que implicaban guerras cada vez más costosas (por frecuentes y, sobre todo, por lejanas, coloniales y navales) sobre la economía, las finanzas y la organización de la sociedad y del estado. Los navarros de la «hora del XVIII», comenzando por su personalidad más destacada, Juan de Goyeneche, participaron activamente en los abastecimientos del ejército y en la recaudación de tributos. Julio Caro no pudo sino sospechar el volumen y la complejidad de los negocios de estos hombres y atisbar la redes de relaciones personales sobre las que se fundamentaban, pero no la real dimensión «atlántica» del fenómeno, ni su paralelismo en la Europa del siglo XVIII, o su incardinación con la cuestión de la formación un estado «fiscal-militar» en Europa (mejor que en la del capitalismo)³⁷.

Por último, desde una historia más estrictamente social, también su obra ha sido fecunda precisamente por haber sido ampliamente superada. José María Imízcoz y sus discípulos han emprendido un innovador estudio de la sociedad vasco-navarra enfocada desde el estudio de las redes de relaciones que unieron personas, familias y corporaciones diversas, asentadas unas en la aldea y otras en la corte y otros centros de distinta importancia de la Monarquía (Cádiz, México, Buenos Aires, etc.)³⁸. Las conclusiones de 1969 no son aceptables sino como embrión de lo que hoy nos parece ajustarse mejor a los hechos, al menos en tres cuestiones. Porque se puede decir que aquel fenómeno se entiende más cabalmente considerando que, en sentido estricto, no fue ni «navarro», ni «cortesano», ni del «siglo XVIII», sino de dimensiones bastante más amplias en los tres ámbitos. Otras elites provinciales periféricas de Castilla tuvieron un éxito similar al de estos navarros, porque las trayectorias de

³⁶ M.^a C. García Gainza (ed.), *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los navarros en Madrid*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999; M.^a C. García Gainza y R. Fernández Gracia, *Juan de Goyeneche y el triunfo de los navarros en la Monarquía hispánica del siglo XVIII*, Pamplona, Fundación Caja Navarra, 2005.

³⁷ S. Aquerreta, *Negocios y finanzas en el siglo XVIII: la familia Goyeneche*, Pamplona, Eunsa, 2001; A. González Enciso (ed.), *Navarros en la Monarquía española del siglo XVIII*, Pamplona, Eunsa, 2007; R. Torres Sánchez (ed.), *Volver a la «hora navarra». La contribución navarra a la construcción de la monarquía española en el XVIII*, Pamplona, Eunsa, 2010; R. Torres Sánchez, *El precio de la guerra. El Estado fiscal-militar de Carlos III (1779-1783)*, Madrid, Marcial Pons, 2013.

³⁸ J. M.^a Imízcoz Beunza (ed.), *Elites, poder y red social. Las élites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna (Estado de la cuestión y perspectivas)*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 1996; J. M.^a Imízcoz Beunza (ed.), *Redes familiares y patronazgo. Aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001; J. M.^a Imízcoz Beunza (ed.), *Casa, familia y sociedad. País Vasco, España y América, siglos XV-XIX*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 2004.

otras familias de vascongados³⁹, montañeses, asturianos e incluso murcianos, no respondieron a impulsos o mecanismos tan distintos. El Baztan de Julio Caro no fue excepcional sino, en todo caso, por la concentración en un espacio reducido de un fenómeno castellano bastante más amplio, para el que no faltan paralelos europeos coetáneos, como el de los escoceses en la monarquía e Imperio británico⁴⁰. La importancia de Madrid, tan relevante en el libro de 1969, se compensa con la atención a otros centros: Cádiz y las principales ciudades de Indias, pero también otras varias plazas españolas peninsulares. Quizás hubo un «momento» cortesano o, dicho de otra manera, la conexión con Madrid fue siempre fundamental; pero no todo se reduce a una bipolarización entre la aldea y la corte, entre el Baztan y Madrid, sino que deben considerarse qué otras relaciones alimentaron este fenómeno.

La guerra de Sucesión de España, hoy lo sabemos mejor, marcó una ruptura, porque Felipe V desconfió de la alta nobleza castellana y de los financieros y hombres de negocios que habían servido al último de los Austrias y prefirió contar con hombres nuevos. Los afortunados que aprovecharon hábilmente aquella coyuntura excepcional, como Juan de Goyeneche, no solo se enriquecieron ellos sino que franquearon las puertas a familiares y compatriotas hasta formar una nueva élite que desplazó a la anterior, y que se atrincheró con éxito en su ventajosa posición al menos durante varias décadas. Ahora bien, solo los que estaban preparados pudieron aprovechar la oportunidad, lo que plantea una ampliación cronológica al siglo xvii. Probablemente sin una preparatoria «hora del xvii» (segunda mitad), menos conocida y modesta en sus resultados, aquello hubiera sido imposible. Los negocios de exportación lanar y de importación de ultramarinos por el puerto de Bayona a través del Baztan; la acumulación de capitales, experiencia y prestigio en las guerras contra Francia del xvii y en el reforzamiento del sistema defensivo de Pamplona y sus fábricas de armas; el ascenso de un buen número de burócratas y el encumbramiento de un número desproporcionado de letrados navarros a los consejos supremos de la Monarquía, todo ello preparó el terreno. Un acercamiento histórico ha precisado mejor los tiempos, los espacios, los grupos sociales y las coyunturas⁴¹. El «declive» de estos hombres de negocios navarros no tiene que ver solamente con un proceso mecánico de ennoblecimiento y abandono de los negocios, sino con coyunturas políticas concretas como la de las reformas financieras que introdujo el marqués de Esquilache a mediados del siglo xviii, con las que su influencia se vio seriamente erosionada.

El paradigma de la «hora navarra del xviii», más antropológico que histórico en su formulación inicial de 1969, resultó tan sugestivo, y se leyó tan apresuradamente a la luz de un determinado tipo de historia social preocupada por hallar una burguesía innovadora como motor de la historia, que pronto cuajó una versión del mismo muy poco respetuosa con lo que en realidad había escrito Julio Caro. Se llegó a plantear que en Navarra hubo poco menos

³⁹ R. Guerrero Elecalde, *Las elites vascas y navarras en el gobierno de la monarquía borbónica. Redes sociales, carreras y hegemonía en el siglo xviii (1700-1746)*, Vitoria, Universidad del País Vasco, 2012.

⁴⁰ Rafael Torres, por ejemplo, pone el acento en que también las redes familiares y de procedencia sirvieron de un modo parecido a los escoceses del siglo xviii que actuaban en distintos ámbitos del mar del Norte y del Báltico, en lo que, con parecido motivo, podría denominarse la «hora escocesa del xviii» dentro del United Kingdom: R. Torres, *Volver a la «hora navarra»...*, *op. cit.*, pp. 13-17.

⁴¹ A. Floristán Imízcoz, *El reino de Navarra y la conformación política de España (1512-1841)*, Madrid, Akal, 2014, pp. 209-225 y 246-251.

que un ascenso generalizado de hombres nuevos que adquirieron por dinero palacios cabo de armería y asientos en cortes, hábitos de caballeros y títulos nobiliarios; y que ese dinero provenía masivamente de negocios en Indias, Cádiz o Madrid. En cierto modo, una lectura imprudente de *La hora navarra* pudo sugerir la existencia de una «burguesía» en el XVIII, refutando, incluso con cierto regocijo, la idea de que aquel era un país más bien conservador (católico y militar) que innovador (comerciante e ilustrado). Sin embargo, todo demuestra que, en la Navarra del XVIII, muy pocos consiguieron ascender socialmente gracias solo a su dinero, y que sufrieron por ello grandes contradicciones. Los palacios, los asientos y los títulos en Navarra no los ocuparon ricos comerciantes y hombres de negocios similares a los Goyeneche, Arizcun, Mendinueta. Ciertamente, estos se construyeron notables mansiones y consiguieron marquesados y otros títulos en Madrid, pero no en su tierra⁴². Los méritos militares y burocráticos acumulados familiarmente durante generaciones siguieron siendo el camino recorrido por la mayoría de las familias en ascenso en Navarra, que no coinciden con las que vemos triunfar en la corte o en Cádiz o en Indias⁴³.

En definitiva, la «hora navarra» no puede entenderse como el triunfo colectivo de los navarros, sino como el éxito de un número más bien restringido de ciertas familias, a veces a costa de otras que eran tan navarras como ellas, que pronto se desarraigaron del lugar en el que habían nacido, aunque siguieran apoyando a sus parientes y convecinos. Tampoco parece que equivaliese a una renovación profunda de las elites del país: la mayor movilidad social en el reino se aprecia entre 1550 y 1650 y no en el XVIII. Al contrario, desde los años 1660 en adelante, los mecanismos de ascenso se hicieron más rígidos y las elites que gobernaron el reino desde sus cortes y diputaciones, o sus principales ciudades, o los grandes cabildos eclesiásticos, apenas se renovaron. Según Julio Caro, las dos «ideas fundamentales [...] de la existencia de un *sistema de parentesco* [y de ...] la existencia de un *origen*, llamémoslo *local*, incluso dentro del antiguo reino de Navarra»⁴⁴, desde un planteamiento antropológico, debían superar la dispersión de perspectivas con que los historiadores habían fragmentado con tratamientos inconexos aquel tema. Hoy podemos afirmar que los historiadores han asimilado su aportación antropológica y que las recientes investigaciones documentales, a su vez, necesitan de una puesta al día de aquellas dos ideas antropológicas germinales.

2.2. *Etnografía histórica de Navarra*

Julio Caro se sirvió de Bera como estudio de caso en su primer gran trabajo etnológico, y su extensa bibliografía y otras importantes iniciativas prueban su interés y su dedicación a preservar el patrimonio etnográfico de Navarra. Pero Navarra no podía abordarse de un modo estrictamente etnológico, porque carecía de unidad como *ethnos* (pueblo). Sí era posible estudiar etnológi-

⁴² S. Aquerreta, *Negocios y finanzas en el siglo XVIII: la familia Goyeneche*, Pamplona, Eunsa, 2001.

⁴³ A. Floristán Imízcoz, «Honor estamental y merced real. La configuración del Brazo Militar en las Cortes de Navarra, 1512-1828», *Príncipe de Viana*, LXVI, 2005, pp. 135-196. J. M.^a Imízcoz estudió las redes de navarros de la Real Sociedad de San Fermín en «Las corporaciones de nación en la Monarquía Hispánica (1580-1750). Identidad, patronazgo y redes de sociabilidad», XII Seminario Internacional de Historia de la Fundación Carlos de Amberes: Madrid, 2011, en prensa.

⁴⁴ J. Caro Baroja, *La hora navarra...*, *op. cit.*, p. 13.

camente a los vascos, como un pueblo con una lengua, una cultura y unos mitos por encima de sus diferencias internas, pero no a los navarros. De hecho publicó una primera aproximación en 1949 sobre el pueblo vasco⁴⁵, con numerosas reediciones y que completó y revisó a lo largo de toda su vida de diversos modos. Julio Caro, con esta experiencia previa y desde esta perspectiva etnológica, reconoció que «la existencia de Navarra es aún un problema científico y un enigma histórico desde varios puntos de vista». Porque Navarra no era un pueblo sino, más bien, un estado forjado por la historia: «Aquel estado pequeño no tenía unidad de lengua, ni de lo que más o menos vagamente se llama cultura, ni de raza, ni siquiera tenía unidad de paisaje [...]». Y para mí lo que la caracterizará es haber tenido una «“ histórica” aunque limitada a ciertos hechos políticos, y un largo devenir condicionado por determinadas situaciones, instituciones y leyes. Nada más y nada menos»⁴⁶.

De ahí que su gran trabajo «histórico» sobre el conjunto de Navarra no pudiera titularlo de la misma manera que su famoso ensayo etnológico sobre los vascos. La invitación de la Caja de Ahorros en 1968 para escribir una síntesis similar sobre Navarra debió de suponerle un reto y, de hecho, al final del trabajo confiesa al lector que había quedado exhausto. En definitiva, esta voluminosa obra no podría ser sino una *Etnografía histórica de Navarra*, «una descripción del pueblo navarro como tal»⁴⁷.

Probablemente, lo que más pudo estimularle para abordarlo, intelectualmente, fuese la posibilidad de ensayar en una obra extensa su personal método «etnográfico-histórico», madurado a lo largo de los años 1960 al hilo de su muy particular descubrimiento de la historia social. El grupo humano de los navarros, afirma, había «constituido una “nación”, o más exactamente hablando, un “estado”. Estamos [...] ante una antigua y peculiar forma de estado, que ahora es parte de otro». Pero, para «dar idea de lo que ha ocurrido en un tiempo histórico concreto al pueblo navarro como tal», no trataría de hacerlo al modo de los historiadores, «que cuentan lo ocurrido en el pasado sin considerarlo en función del presente, sino considerando el pasado de una manera distinta y más activa». Para ello, Julio Caro utiliza, sin mayores explicaciones ni argumentos ni referencias metodológicas, lo que llama «unidades de comprensión» y «ciclos temporales». Y estructura el desarrollo histórico de Navarra considerando «complejos unitarios de elementos» (culturales en sentido amplio), que a su vez se articulan en «ciclos temporales»⁴⁸.

El resultado no responde bien a lo ambicioso de la pretensión inicial, y quizás sea una obra, como él mismo reconoce, «prematura» por carecer de una masa suficiente de trabajos previos, aunque no solamente. *La hora navarra*, tan original en sus planteamientos, no tuvo continuadores de inmediato pero suscitó al cabo del tiempo una atracción irresistible para los historiadores generalistas, del arte o de la economía. Es evidente que su *Etnografía histórica* no ha tenido la misma virtualidad, al menos hasta el momento. En cierta medida, parece como si este método híbrido entre etnografía e historia hubiera resultado, como los cruces de ciertas especies animales, un camino estéril. De

⁴⁵ J. Caro Baroja, *Los vascos. Etnología*, San Sebastián, Biblioteca Vascongada de Amigos del País, 1949.

⁴⁶ J. Caro Baroja, *Etnografía histórica...*, *op. cit.*, I, pp. 12-13.

⁴⁷ *Ibid.*, III, p. 457.

⁴⁸ *Ibid.*, III, pp. 458-460.

hecho, la *Etnografía histórica* dirigida por M.^a Amor Beguiristain en 1996 no ha seguido por derroteros metodológicos tan originales como los explorados Julio Caro un cuarto de siglo antes, sino que responde a un planteamiento más consolidado, que olvida casi por completo la dimensión histórica⁴⁹.

La distinción analítica de «ciclos histórico-geográficos» («septentrional, central y meridional») como unidades dotadas de una cierta coherencia no parece una gran innovación con respecto a la tradicional entre Montaña, Zona Media y Ribera. Tampoco la organización temporal resulta más sugestiva. «Bases *medievales* de la organización social y económica», «Los grandes temas de la vida en la *Edad Moderna*» y «Al caer el *Antiguo Régimen*», los títulos de las partes segunda, tercera y cuarta de la obra, responden a las tradicionales divisiones entre edades Media, Moderna y Contemporánea. Para lo que cabe esperar en un trabajo de síntesis, la información acumulada resulta «demasiado prolija y analítica», incluso reiterativa.

Pero mejor destacar las intuiciones que sí han resultado fecundas para el desarrollo de la historiografía posterior. En primer lugar, su llamamiento a introducir «cautela» frente a los dogmatismos precedentes y, en definitiva, una invitación siempre necesaria a la revisión de presupuestos demasiado rígidos. Y, en este sentido, considero de particular interés su requisitoria a comprender la historia de Navarra como un todo que llega hasta nuestros días, y no como algo que se interrumpió en 1512 en virtud de una conquista y por la integración del reino de Navarra en Castilla, o en 1839-1841 cuando se convirtió en provincia de España. En este mismo año de 1971, Carlos Clavería ensayó una historia del reino de Navarra que no terminaba a principios del siglo xvi sino en 1839, y lo justificó atendiendo a su «personalidad jurídica» y a que «subsisten» todavía hoy «restos de una soberanía perdida, patrimonio de un pueblo que la venera y no la olvida»⁵⁰. Y José M.^a Lacarra, simultáneamente, lamentaba este vacío de la historia de Navarra: «de la última etapa de su historia política y administrativa –de 1515 a 1841– nada diremos aquí, aunque bien merecería que fuese objeto del atento estudio de los historiadores»⁵¹. La obra de Julio Caro pretende, a la inversa, explicar lo contemporáneo sin desgajarlo del conocimiento del pasado.

Quizás resultó particularmente perspicaz su observación sobre la necesidad de rescatar del olvido los siglos xvi-xviii, tradicionalmente desatendidos en una historia «en la que todo parece terminar cuando Fernando [el Católico] se apodera del trono», según lo había expresado Arturo Campión y tantos otros. Navarra era algo más que un reino medieval; y la batalla de Noáin (1521) «termina con una monarquía secular, distinta en sus varios periodos de existencia, no, claro es, con Navarra»⁵². Él fue el primero que destacó la importancia de integrar la originalidad y creatividad del periodo virreinal en

⁴⁹ M.^a A. Beguiristain (dir.), *Etnografía de Navarra*, Pamplona, Diario de Navarra, 1996, 2 vols.

⁵⁰ C. Clavería, *Historia del reino de Navarra*, Pamplona, Gómez, 1971, pp. 7-8.

⁵¹ J. M.^a Lacarra, *Historia del reino de Navarra en la Edad Media*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1975, p. 18.

⁵² «Con relación a Navarra podemos sostener, también, que las historias, en general, terminan a comienzos o mediados del siglo xvi y que lo ocurrido después está, o mejor dicho ha estado, sumido en tal oscuridad que viene a parecer que el país no existe hasta que, de repente, con la Guerra de la Independencia, aparece otra vez luchando de modo denodado y siendo objeto de juicios y controversias. Las luchas que se desarrollaron en él posteriormente también son conocidas. Así resulta que Navarra es para muchos, propios y extraños, un reino medieval y una tierra clásica de guerras civiles decimonónicas. Los siglos xvi, xvii y xviii no cuentan casi para nada. No tienen prestigio los hechos ocurridos en ellos,

la explicación del conjunto de la historia de Navarra. Porque, «convertida Navarra en un virreinato, no merece la atención de quienes creen que las cosas importantes de este mundo se hacen entre reyes y jefes de Estado»⁵³, lo que le parece un error que distorsionaba la comprensión del conjunto.

Él fue el primero que se interesó precisamente por las consecuencias y no por las causas de la conquista de 1512⁵⁴, y quien intuyó más tempranamente que la creatividad de la sociedad navarra durante los siglos XVI-XVIII era mayor de lo que se pensaba⁵⁵. En este sentido, reflexionaba, Navarra había sido un estado medieval dotado de leyes propias; pero las más útiles e importantes para las generaciones posteriores no habían sido las del Fuero General «sino que lo son las redactadas después de la incorporación, es decir, en periodo virreinal», porque «en realidad, el quehacer legislativo [de las cortes de los siglos XVI-XVIII] fue lo que le dio una configuración muy propia al país, que culmina en una especial concepción de las “libertades forales”»⁵⁶. El proceso de integración en España iniciado tras la conquista no significaba el fin de Navarra sino una nueva etapa, no menos original y creativa a la hora de condicionar el presente⁵⁷.

RESUMEN

Julio Caro Baroja y la historia de Navarra

Julio Caro Baroja se acercó a la historia desde una formación y con una perspectiva de etnólogo y antropólogo. Sus libros sobre moriscos, judeoconversos o brujas abordaron de un modo nuevo estos temas. En este ensayo, se repasa la aportación de dos de sus libros al conocimiento de la historia de Navarra. *La hora navarra del XVIII* (1969) tuvo un gran impacto, como lo demuestra el desarrollo de investigaciones al respecto. No ocurrió lo mismo con la *Etnografía histórica de Navarra* (1971), aunque en ella incluyó algunas importantes intuiciones que se destacan.

Palabras clave: historia de Navarra; siglos XVI-XVIII; Julio Caro Baroja; etnografía e historia.

ni se conocen demasiado los abundantísimos documentos que aluden lo que entonces ocurrió, ni han tenido historiadores generales o sistemáticos»: J. Caro Baroja, *Etnografía histórica ...*, *op. cit.*, I, pp. 97-98.

⁵³ J. Caro Baroja, *Etnografía histórica...*, *op. cit.*, p. 101.

⁵⁴ «La historia de lo que se ha llamado “anexión” o incluso “conquista” de Navarra (“anexión” no suave a unas cabezas con otras coronas) ha sido escrita varias veces. Pero las consecuencias, importantísimas, de tal anexión no han sido puestas de relieve con claridad», *ibid.*, I, p. 101.

⁵⁵ «Habría que subrayar también que es del reinado de Carlos II [...] al de Carlos IV [...] cuando Navarra adquiere unos rasgos decisivos para el observador contemporáneo: cuando se multiplica la construcción de edificios de todas clases con significado fuerte en la vida posterior, cuando se crean nuevos modos de vida», *ibid.*, I, p. 102.

⁵⁶ *Ibid.*, I, p. 104-105.

⁵⁷ «La frase [se refiere a la de Alesón sobre la batalla de Noáin de 1521: “vino a ser, por lo que toca a Navarra, la sentencia decisiva de tan reñido pleito entre las dos naciones, española y francesa”] ha sido interpretada como si desde este momento Navarra quedara rayada entre las naciones. Surgen, en efecto, al comenzar la Edad Moderna los grandes estados a los que se atribuyen caracteres, pasiones e intereses distintos. Es evidente que desde 1521 [...] Navarra ha ido españolizándose, en este sentido de los nacionalismos modernos. Pero el proceso, analizado desde un punto de vista etnográfico, es más complejo que considerado en líneas históricas generales; aparte de que, en el periodo virreinal, el desarrollo interior del país presenta unos rasgos peculiares», *ibid.*, II, pp. 73-74.

ABSTRACT

Julio Caro Baroja and the History of Navarre

Julio Caro Baroja approached history from the perspective and training of an ethnologist and anthropologist. His books on moriscos, judeoconvertos or sorceresses approached these subjects on a new way. This text reviews the contribution of two of his books to the knowledge of the History of Navarre. *La hora navarra del XVIII* (1969) had a great impact, as the development of further investigations on the matter demonstrates. *Etnografía histórica de Navarra* (1971) did not have the same repercussion, although it included some important intuitions that stand out.

Keywords: history of Navarre; XVI-XVIII centuries; Julio Caro Baroja; Ethnology and History.

